

La doble seducción de «La Regenta»

Vetusta antigua y señorial, ciudad severa, ñoña, intransigente con sus hijos, madre amante y madrastra despiadada es también el escenario de uno de los dramas más crueles de un inconsciente «ménage à trois», donde la víctima es Ana Ozores, segunda protagonista de *La Regenta* de Leopoldo Alas «Clarín», y digo «segunda» porque Vetusta es la primera.

¿Qué se entiende aquí por un inconsciente «ménage à trois»? Inconsciente en lo que se refiere a los actores porque, a pesar de que se representan como seres independientes del autor, son en efecto llevados por hilos circunstanciales y personales tramados maquiavélicamente por su creador.

En el «ménage à trois» se incluyen al «don Juan» de Vetusta, don Alvaro Mesía, al canónigo de la catedral, conocido como el Magistral, don Fermín de Pas y a la mujer que da el título a la obra, Ana Ozores, la Regenta, y es representado de esta forma porque para De Pas, el clérigo seductor, su «hija espiritual», Anita, es también su mujer: «El era allí el dueño, el esposo espiritual. Don Víctor no era más que un idiota incapaz de mirar por el honor propio, ni por el ajeno...»¹. «Es mi mujer..., la mujer de mis entrañas...» (527).

Don Víctor, el marido legítimo ante la ley, no es más que

(1) Leopoldo Alas, «Clarín», *La Regenta*, El libro de Bolsillo, Alianza Editorial, Madrid, 2.^a Edición, 1967, pág. 524. De ahora en adelante me referiré sólo al número de la página porque todas las citas provienen de esta misma edición.

una conveniencia estructural para la tragedia que se desarrolla dentro de la trama novelesca al morir en un duelo provocado por la infidelidad de su esposa.

Durante mucho tiempo se ha venido considerando el ambiente de seducción sexual transparente en múltiples ocasiones de la novela, pero que yo sepa no se ha dado mayor importancia a la seducción mística que no sólo la tiene, sino que a nuestro entender es aún de más interés por su original y soslayado enfoque.

A pesar de que hay algunas diferencias obvias, señalaremos que estas dos seducciones están íntimamente interrelacionadas desde el comienzo de la obra. No sólo se relacionan, sino que actúan indiscutiblemente una sobre la otra en una forma que no se limita al principal argumento amoroso de la novela, sino que este mismo ámbito temático se transmite a varias escenas y situaciones fuera de la primordial y de los protagonistas.

Hasta en la actuación de ciertos personajes secundarios que hacen el papel de alcahuetes, vemos una correlación temática con la trama principal. Por un lado tenemos a la celestina eclesiástica, Doña Petronila, el «Gran Constantino» en cuya casa se citaban don Fermín y Ana Ozores para que aquél pudiera prodigarle consejos espirituales sin dar escándalo, pero en realidad con el propósito de verse con más frecuencia. Por otro lado Obdulia, Visitación y Paco el «Marquesito», se ponen de parte de Alvaró. Cada uno tiene sus propias razones. A Obdulia y a Visitación les irrita, y envidian a un tiempo, la moralidad de la Regenta. Paco goza con toda clase de intrigas amorosas, además idolatra a don Alvaró y haciéndose su cómplice participa en la aventura como si él mismo la estuviera viviendo.

También tenemos el ejemplo de una circunstancia que ocurre en las primeras páginas del libro, donde Saturnino Bermúdez, el arqueólogo de la villa provincial, se complace en demostrar sus conocimientos histórico-artísticos de la catedral vetustiana a unos visitantes indianos. El escenario se supone ser pseudo intelectual, y en cierto modo espiritual, ya que acon-

tece en un lugar religioso, pero la descripción se complace en intercalar dentro del aroma de incienso, el íntimo olor perfumado de la «femme fatale» de Vetusta que incita al solterón Bermúdez a pensamientos ardientes: «Era el olor del billete, el olor del pañuelo, el olor de Obdulia...Mezclado al de la cera y del incienso le sabía a gloria al anticuario cuyo ideal era juntar así los olores *místicos* y *los eróticos*...» (el subrayado es mío) (29).

Acostumbramos a pensar en Ana como la víctima un tanto inocente de la novela, y en efecto, hasta cierto punto lo es, pero lo que no se ha tenido muy en cuenta es cómo la maltrata Clarín, cómo es ella de los tres culpables la única que sufre el castigo de su pecado, y sólo por debilidades muy naturales, haber caído dos veces en las redes sensuales que su creador ha ido tramando a su alrededor.

Ana es uno de los actores de esta comedia humana cuyo fondo común es un egoísmo feroz que les induce a vivir únicamente para su propia conveniencia y a dirigir todos sus esfuerzos a realizar cualquier placer que colme sus excitados sentidos. El que lee la novela se da cuenta inmediatamente que, salvo alguna que otra excepción, es el egoísmo el que mueve a todos los personajes, y aquí incluimos también a Anita, a pesar de que abrigamos hacia ella una conmiseración difícil de experimentar hacia ningún otro.

Veamos ahora a grandes rasgos de qué manera va ocurriendo la doble seducción de la Regenta, y para ello insistiremos nuevamente en la teoría de que no hay una tajante separación entre la seducción física y la espiritual, pues no sólo son concomitantes, sino que a veces incluso es difícil distinguir los motivos que las activa, y aún más separarlas.

Se trata aquí de una mujer inteligente que goza de buena salud, ambas cualidades incitan a que los goces sensuales y los atractivos intelectuales hallen campo fértil donde desarrollarse. Es precisamente apoyándose en esta teoría, pero limitándose a la sensualidad, en la que confía Mesía para poder seducir a la Regenta: «Don Alvaro calculaba, furioso de impaciencia, cuánto tiempo tardaría aquella *naturaleza* en adquirir

la fuerza necesaria para volver a sentir los impulsos que eran la fe viva del señor Mesía y su esperanza» (421). El problema consiste en que el desarrollo no será normal, sabemos que en principio se trata de problemas circunstanciales, no causados tanto por la personalidad de la Regenta, sino por el ambiente en que se ha educado, y más tarde los acontecimientos en su vida que la condenan a casarse con un hombre semi impotente y un poco idiotizado, dedicado a la caza y a leer comedias del Siglo de Oro, y ahí para toda su actividad física e intelectual. No es de extrañar, por lo tanto, la rebelión que se va desarrollando dentro del cuerpo y del alma de la Regenta:

Tenía veintisiete años... Y no había gozado una sola vez esas delicias de amor de que hablan todos... ¿Dónde estaba ese amor? Ella no lo conocía y recordaba, entre avergonzada y furiosa, que su luna de miel había sido una excitación inútil, una alarma de los sentidos, un sarcasmo en el fondo... ¡Lo que aquello era y lo que podría haber sido! Y en aquel presidio de castidad no le quedaba ni el consuelo de ser tenida por mártir y heroína. (190)

Convendría intercalar aquí que en el fondo no sabe distinguir entre el amor sexual que un hombre pueda inspirarle y el pecado. Para Ana están tan unidos que resultan un motivo de deseo y vergüenza al mismo tiempo. Esta confusión es el resultado de una inocente aventura infantil que le acontece cuando muy jovencita, huérfana de madre, y confiada por su padre a Doña Camila, un aya promiscua, fría y antipática, que no profesa ningún cariño hacia la niña, conoce a Germán, un chiquillo de doce años, dos más que ella, y ambos deciden embarcarse en «la barca de 'Trébol'», un criado antiguo de la familia de Germán, y lanzarse al mar. La niña en busca de su padre, Germán a «matar moros». Con sus pocas fuerzas no logran desatar la barca de la orilla y su gran aventura se limita a pasar la noche en la barca contándose cuentos para dormir, y, probablemente, para espantar el miedo.

Lo que fue un juego inocente, la malicia del pueblo convierte en una infame calumnia, y sin la jovencita comprender las insinuaciones a fondo, su inteligencia despierta le indica

que la moralidad pueblerina le acusa de una acción pecaminosa con Germán:

Al principio la calumnia habíale hecho poco daño... pero poco a poco fue entrando en su espíritu una sospecha, aplicó sus potencias con intensidad increíble al enigma que tanta influencia tenía en su vida... quiso saber lo que era aquel pecado de que la acusaban, y en la maldad de doña Camila y en la torpe vida, mal disimulada, de esta mujer, se afiló la malicia de la niña, que fue comprendiendo en qué consistía tener honor y en qué perderlo; y como todos daban a entender que su aventura de la barca de Trébol había sido una vergüenza su ignorancia dio por cierto su pecado. (71)

Aquí nace su recelo hacia la posibilidad de una armonía sexual:

...miraba con desconfianza y hasta repugnancia moral cuanto hablaba de relaciones entre hombres y mujeres, si de ellas nacía algún placer, por ideal que fuese. Aquellas confusiones, mezcla de malicia y de inocencia, en que le habían sumergido las calumnias del aya y los groseros comentarios del vulgo, la hicieron fría, desabrida, huraña para todo lo que fuese amor, según se lo figuraba. (73).

Aunque al cabo de unos años su cuerpo joven y sano reclama a gritos una pasión física, su espíritu atormentado la rechaza y busca una compensación que fácilmente halla en la religión católica, que ella entendía a su modo, «quiere traer a la religión el romanticismo» (203). Sobre todo en el ejemplo de la Virgen, sustituta de su propia madre muerta: «Llamaba con palabras de fuego a su Madre Celestial... sintió escalofríos, y ya no pudo hablar... Un espanto místico la dominó un momento» (80).

Más tarde cuando una de sus muchas crisis nerviosas la tiene postrada en cama, su único consuelo es pensar en que tiene compañía virginal: «La Virgen está conmigo» (88). En una ocasión anterior ya su culto a la Virgen se había intensificado leyendo a Fray Luis de León, cuyas lecturas le proporcionaban leña para su fuego espiritual: «... aquellos cinco

versos despertaron en Ana lo que puede llamarse 'el sentimiento de la Virgen' porque no se parece a ningún otro. Y aquella fue su locura de amor religioso» (78).

Lo que hemos estado indicando es una especie de telón de fondo para situarnos en el caso de la Regenta y comprender la influencia que ejercen en ella los dos hombres que se han propuesto su conquista, el sacerdote y el «burlador».

Analizaremos por separado cada seducción señalando cuando convenga su proximidad y para hacer más claro el punto de enlace, su desarrollo, culminación y triunfo de la doble seducción, y haremos hincapié final al demostrar que, a pesar de que ambas se llevan a cabo, es la mística la que acaba venciendo totalmente condenando irremisiblemente a Ana sin esperanza redentora en la tierra. Nos damos cuenta que esto representa una tesis algo complicada y un tanto imaginativa, pero veremos cómo los acontecimientos novelescos la apoyan.

Para comprender plenamente la disposición de la Regenta hacia toda influencia emotiva, sería conveniente subrayar que sus primeras exaltaciones místicas frecuentemente se combinan con un estado eufórico sensual, con reminiscencias de protección embriológica y que más tarde se convertirán en completa voluptuosidad sensorial: «Llamaba con palabras de fuego a su Madre Celestial. Su propia voz la entusiasmó, sintió escalofríos, y ya no pudo hablar: se doblaron sus rodillas, apoyó la frente en la tierra. Un espanto místico la dominó un momento» (80).

Dentro de este mismo deseo que ella equivocadamente atribuye a la superior fuerza del intelecto sobre los sentidos, busca la forma de alimentar su inteligencia con creaciones literarias «imaginando poemas, novelas, dramas y poesías sueltas.. Todo lo que imaginaba le parecía excelente, y al contemplar la belleza que acababa de crear..., lloraba enternecida, lloraba lo mismo que cuando pensaba en el amor del Niño Jesús y de su Santa Madre» (88).

Para ella la religión representa belleza y amor. Busca la forma de concretizar su pasión religiosa intelectual leyendo

libros piadosos. Cree escuchar las mismas palabras que oyó San Agustín, «tolle, lege», y se dirige a la Biblia y a las obras del Santo para calmar su celo religioso. S. Agustín le proporciona el dulce consuelo que su alma atormentada necesita, y él simboliza al padre, o al hermano espiritual, que más tarde cree hallar en la figura de don Fermín, Magistral de la catedral de Vetusta.

Pensando en todo lo dicho, no es de extrañar que la caída mística sea tan completa como más tarde lo será la sexual. Cristo significa para Anita Dios hecho hombre que la salvará de lo que ella creía era su perdición en la tierra y su futuro infierno, el amor adúltero. Le era muy dulce amar a un Dios que le podía dar consuelo espiritual, pero al fin y al cabo hombre. O sea, que la Virgen es la madre que nunca conoció y Cristo el varón perfecto que también le faltó.

Cuando aparece el Magistral en la vida de la Regenta a guisa de confesor, se encuentra aquél con un alma propicia a la seducción, sea cual fuere. Tiene en sus manos para modelar como quiera un espíritu exaltado y anémico que él bien cuida de trillar y abonar con sus consejos melifluos y que operan en Ana con una fuerza difícil de resistir, y fue «en la voz, en los movimientos, en un olor de incienso espiritual que parecía entrar en el alma» (267) donde ella encuentra esa influencia hipnótica.

No sólo halla en su confesor el confidente, sino que también es el representante de Cristo en la tierra, y recordemos, la Regenta ama a Dios, pero es el Dios hecho hombre en quien vuelca su amor, no profanamente, pero sí con una exaltación mística enfermiza, «enamorada de Cristo...» (440), «... llena el alma de la presencia del Señor» (442). Confunde en su enamoramiento divino a don Fermín:

No trataba Ana de explicarse cómo esta emoción ligeramente voluptuosa se compadecía con el claro concepto que tenía de la clase de amistad, que iba naciendo entre ella y el Magistral (266).

A veces me reprendo a mí misma porque pienso que robo a Dios muchos pensamientos, para consagrarlos al hombre que sirvió escoger para salvarme (450).

Ana salió tras él, ensimismada, sin acordarse de que había en el mundo maridos, ni días, ni noches, ni horas, ni sitios inconvenientes para hablar a solas con un hombre joven, guapo, robusto, aunque sea clérigo (367).

Por eso le era tan dulce la «idea de sacrificarse por él... y Ana la acogió con placer, porque así alimentaba el hambre de amor que sentía, de amor que tuviese objeto sensible, algo finito, una criatura» (476).

Con todo lo que venimos apuntando, no queremos decir que la Regenta comprende perfectamente, y desea, lo que le está ocurriendo, al contrario, existe una gran confusión que ni ella misma puede admitir entre el deseo puramente de amor espiritual, sublime, y lo que le está sucediendo con su confesor, y no es que se trate de una mujer coqueta, acostumbrada a la fraudulenta entrega de sus encantos físicos y morales, sino que esa fuerte reacción sensual ante cualquier situación emocional que la despierte y que se le revele consciente o inconscientemente, la seduce imperiosamente. Por lo tanto, a pesar de pensar en el Magistral como en un «amigo del alma», ello no le impide que le agrade la idea de que él piense en ella de forma muy especial, y así cuando le escribe, aun cuando «la carta era inocente» no por eso deja de ser un «lazo agradable, misterioso, que hacía cosquillas a su modo», era «una carta que podía hablar a un hombre, que no era su marido, y que este hombre tenía acaso guardada cerca de su cuerpo y en la que pensaba tal vez» (265).

Para dar más pruebas de que la relación con el Magistral no es la corriente entre confesor y penitente, veremos cómo reacciona Ana Ozores cuando, inadvertidamente, sus pensamientos vuelan hacia De Pas:

Lo que no había despertado en ella la presencia de don Víctor, lo despertaba la imagen de don Fermín... Ahora se creía infiel de pensamiento, pero, ¡cosa más rara!, infiel

a un hombre a quien no debía fidelidad ni podía debérsela. (352).

En cuanto se refiere a la naturaleza apasionada de don Fermín, se trata de un caso curioso de sensualidad y seudo espiritualidad. Por una parte sucumbe a los deseos de la carne fácilmente con la colaboración de dos criadas, Teresina y Petra. Pero en cuanto a Ana, la quiere para sí mismo, siente una pasión desbordante hacia ella, pero no quiere concebir una relación sexual total, sólo el encanto que pueda producirle ese fruto prohibido, pero disfrutado en su contemplación y en el placer de sentirla suya, sólo en esto consiste su gratificación:

La Regenta se le presentaba ahora como un tesoro descubierto en su propia heredad. Era suyo, ¿quién osaría disputárselo? (205).

No, no caería en la tentación de convertir aquella dulcísima amistad naciente, que tantas sensaciones nuevas y exquisitas le prometía, en vulgar escándalo... (331).

Aunque la pasión que él sentía nada tenía que ver con la lascivia vulgar... ni era amor a lo profano... (463).

Hay una caprichosa contradicción en la manera de razonar de Anita, pues según va disminuyendo su amor místico, tiende a cambiar su amorosa perspectiva hacia Don Fermín. Ahora admite que el clérigo únicamente puede considerarla como un alma más que salvar, sin ningún lazo especial, y menos cariñoso, hasta se indigna si hay la menor sugerencia de lo contrario, a pesar de que, dándose cuenta o no, ha estado coqueteando con el amor místico a través del Magistral. Cuando se efectúa el cambio, opina que De Pas sólo puede desear que ella pertenezca a su marido. Antes ni se había ocupado de esta posibilidad. En sus relaciones místico-sensuales esta perspectiva había sido ignorada por completo. Lo único que les importaba a los dos amigos era un fuerte afecto compartido por sus «almas gemelas».

Señalemos de paso que la Regenta disfruta engañándose constantemente. Desearía vivir en un mundo afectivo que ella

misma se creara. Al cambiar el protagonista de su visión amorosa, es decir, cuando entra en la escena y se le admite la entrada a Alvaro Mesía, va cambiando también su relación con el sacerdote a quien ve únicamente como un caballero andante dispuesto a salvar su alma, el protector de su fortaleza espiritual. Ahora no experimenta ese «cosquilleo» ni esa admiración por el porte arrogante y de «buen mozo» de su amigo.

De todas formas el efecto simbólico de la caída mística se representa plenamente cuando Anita, sumisa y vestida con el hábito de penitente, marcha en la procesión de Semana Santa. Este sacrificio supone para ella el colmo de su entrega vergonzosa y humillante y también el comienzo de su desilusión místico-espiritual.

Esta especie de reto religioso no impresiona al Don Juan vetustense tanto como hubiera deseado el Magistral, pues pensaba el burlador que «después de *aquella locura* que cometía por el confesor... haría otras mayores...» más tarde «por el amante, por Mesía» (558).

Cuando la aventura «mística» deja de interesarle porque no la ha llenado plenamente, la Regenta experimenta un gran placer ante la posibilidad de una seducción sexual, pero notemos que primeramente la gran satisfacción consiste en la tentación y no en la culminación:

... sentía sudores y escalofríos... nunca, nunca accedería ella a satisfacer las ansias que aquellas miradas (las de Mesía) le revelaban... sería virtuosa siempre... ¡Mas renunciar a la tentación misma! Esto era demasiado. La tentación era suya, su único placer. ¡Bastante hacia con no dejarse vencer, pero quería dejarse tentar! (180).

La actuación de Mesía en la conquista de Ana está planeada como un campo de batalla cuajado de flores. El aroma del deseo se traduce en cómo va arrancando una a una las flores silvestres hasta llegar al invernadero donde abundan las jamás cogidas por mano alguna. Es una delicia artística descriptiva la preparación del camino que pacientemente lleva al seduc-

tor a la completa rendición de la fortaleza humana. La violación es más completa cuanto ha sido más infame el modo de llevarla a cabo. Aun pensando que la voluntad y el deseo satisfecho de la Regenta niega que sea una violación en el sentido estricto de la palabra, el planeamiento desvergonzoso sugiere que lo sea figurativamente hablando.

En una ocasión en que los dos se encuentran sentados uno al lado del otro, y sintiendo el roce involuntario de Anita, dice Mesía para sus adentros: «... estoy seguro de que ella también se siente excitadilla, de que también está pensando en mis rodillas y en mis codos, pero no es tiempo todavía de aprovechar estas ventajas fisiológicas... Esta ocasión no es ocasión...» (272), pues la Regenta está todavía influida por los consejos del Magistral y tiene el ánimo dormido por el incienso místico.

Cuando don Alvaro cree que empieza a ceder la voluntad de Ana, se equivoca, pues surge de nuevo el instinto espiritual que la salva temporalmente de caer en sus redes: «Alvaro seguía su persecución con gran maña... y nada» (236). «Desde la noche de Todos los Santos... vergüenza le daba confesar-sele a sí mismo, no había adelantado un paso» (382).

Como él mismo dice: «... la fortaleza... tenía muchos órdenes de murallas» y el guerrero Mesía piensa que todavía la ocasión no es propicia para el asalto final. Sigue proyectando y esperando pacientemente para dar el «ataque personal», el último ataque en donde se rendirá la voluntad fortificada.

Poco a poco la Regenta, tras muchos estragos emocionales y quebrantada su salud moral por la desilusión y falta de confianza en la pureza altruista de su interés religioso, le proporciona al seductor una amplia brecha en la muralla de su castillo:

Antes que ella quisiera, Ana sintió sus dedos entre los del enemigo tentador... Debajo de la piel fina del guante, la sensación fue más suave, más corrosiva. Ana la sintió llegar

como una corriente fría y vibrante a sus entrañas, más abajo del pecho (515).

Sin ir más lejos, al abandonarse la Regenta a las delicias de sentirse seducida por las atenciones que le prodiga su más reciente galanteador, todo lo ocurrido hasta entonces entre ella y el Magistral, incluso sus amores místicos, le parecen o ridículos, o sacrílegos, y es únicamente ahora, al borde de experimentar íntimamente lo que supone una verdadera pasión sexual, cuando reconoce que en la forma de querer anterior había sentimientos muy poco religiosos:

No se acordaba la Regenta ahora de aquello del "hermano mayor del alma", ni de la leña que ella, sin mala intención, sin asomo de coquetería, había arrojado al fuego de que ahora se avergonzaba. La pasión, que ahora halagaba con su nueva vida, vencedora próxima a estallar, le sugería sofisma tras sofisma para encontrar repugnante, odiosa, criminal la conducta del Provisor, y noble, caballeresca la de Mesía (595), ... ¡"qué sabía ella!, pero aquello era una delicia mucho más fuerte que todas las del *misticismo*" (ibid).

Como lo que le está sucediendo ahora es de su mayor agrado, encuentra defectos, faltas morales, e incluso achaca a exaltación enfermiza, la pasión espiritual que en otros tiempos fue motivo de consuelo y felicidad:

Para lo único que le quedaba un poco de conciencia, fuera de lo presente, era para comparar las delicias que estaba gozando con las que había encontrado en la meditación religiosa. En esta última había un esfuerzo doloroso, una frialdad abstracta, y en rigor algo enfermizo, una exaltación malsana; y en lo que estaba pasando ahora ella era pasiva, no había esfuerzo, no había frialdad, no había más que placer... (597).

La adúltera caída resulta un juego de niños para el don Juan provinciano. Además tengamos en cuenta que su único rival, el seudo misticismo, se ha venido mitigando en la imaginación e interés de Ana. Ahora no existe ningún obstáculo en su camino, y la rendición del cuerpo intacto es cosa hecha.

Para dar más énfasis a la completa despreocupación de Mesía por el sentimiento ajeno, veamos cómo cuando se aproxima la rendición, el seductor recapacita, no en la responsabilidad moral, sino en si vale la pena la molestia, pues él no quiere plato de segunda mano:

"Por supuesto..., siempre y cuando que la fortaleza no se haya rendido al caudillo de la Iglesia. Si el Magistral es aquí el amo..., entonces no tengo que esperar nada... y además, ya no vale tanto la victoria" (518).

Claro que él no comprende que la seducción mística pueda haber sido casta, para él no existe ninguna mujer virtuosa, sólo aquellas que lo son por feas, porque nadie se ha fijado en ellas, las demás es cuestión de tiempo, unas caen antes que otras, pero todas caen: «... no creía en la mujer fuerte. ¡Señor, si hasta la Biblia lo dice! Mujer fuerte, ¿quién la hallará?» (136).

En la serie de guerrillas que llevan a cabo don Alvaro y don Fermín, puntualizamos que el deseo de la conquista por los dos seductores no es sólo para colmar su particular amor propio, es también una lucha de rivales que se odian y se temen. Supone el premio de sus esfuerzos en la batalla que realizan para eclipsarse mutuamente, es el triunfo social en el seno de una sociedad a la cual pretenden ambos despreciar, pero que en realidad supone la finalidad de sus vidas. Piensa don Alvaro: «¿Y el ridículo? ¡Qué diría Visita, qué diría Obdulia, qué diría Ronzal, qué diría el mundo entero!» (422). De igual modo el Magistral cuando se cree traicionado y vencido: «... Estoy en ridículo, Vetusta entera se ríe de mí a carcajadas...» (527).

Otro detalle importante es recordar cómo le gustaba al magistral subir a cumbres de montes y campanarios de iglesias, dice Clarín: «cuanto más subía, más le gustaba subir... llegar a lo más alto era un triunfo voluptuoso para De Pas» (13). O sea, que las cumbres místicas simbólicas eran también una forma de orgasmo espiritual: «En Vetusta no podía saciar esta pasión» (13) y busca en cambio seducir místicamente a

la mujer que por su posición social y su belleza está en las más altas esferas de la ciudad.

En cuanto a Mesía su verdadero rival no es la religión. Opina que sus atractivos personales son muy capaces de vencer un obstáculo que él considera tan abstracto, pero la religión personificada en un «atleta» en un «guapo mozo», eso era distinto, por eso cuando cree que su presa se le ha escapado para caer en la red pseudo espiritual del Magistral, se indigna y desespera: «... aborrecía de muerte al Magistral. 'Era el primer hombre, ¡y con faldas!, que le ponía el pie delante; el primer rival que le disputaba una presa, y con trazas de llevársela' » (420), y cuando se cree derrotado: «... don Alvaro solía cruzarse con el Provisor; y se saludaban con grandes reverencias, pero el seglar se sentía humillado, y un rubor ligero le subía a las mejillas. Se le figuraba que todos los presentes les miraban a los dos y los comparaban, y encontraban más fuerte, más hábil, más airoso, al vencedor, al cura» (423). Es por lo tanto el hombre clérigo lo que más le asusta al burlador, además considera que la lucha es desigual, pues el sacerdote, en virtud de su rango, y encontrándose enferma Ana, tiene acceso a la intimidad de su alcoba, la habitación que por su razón de ser, piensa Mesía, tiene que contribuir por fuerza a toda seducción. Además don Alvaro teme que la enfermedad sea propicia para llevar a cabo con éxito la empresa de don Fermín. Si el cuerpo está débil, el «seductor espiritual» puede hacerse con la voluntad de la víctima y entonces disponer de ella como le venga en gana más tarde.

Cuando cambian las cosas y la influencia exclusiva sexual de Mesía se hace sentir en la Regenta, acabando por conquistarla plenamente, es el Magistral el que se desespera, divaga y su cólera no tiene límites:

Mesía me desprecia, me escupirá en cuanto me vea... El padre espiritual... es un pobre diablo. ¡Oh, pero por quien soy...! ¡Miserable!... Me insulta porque estoy preso!...

El Magistral se sacudió dentro de la sotana, como entre cadenas, y descargó un puñetazo de hércules sobre el tesero del sofá. (527)

Hay una ocasión en la novela en la que parece ser que la Regenta se va a salvar de las garras de los «buitres», pues su indecisión ante tener que optar por uno de los dos, elegir entre lo que ella cree es el cielo y el infierno, le lleva a un decaimiento moral que le impide decidirse: «..... ni De Pas ni Mesía estaban satisfechos. Los dos esperaban vencer, pero a ninguno se le acercaba la hora del triunfo» (408).

Hemos indicado que de las dos seducciones la que triunfa al final es la seducción mística, triunfa y cumple su venganza por haber sido en un tiempo traicionada.

Después de terminar las relaciones entre la Regenta y don Alvaro, y al verse aquélla abandonada por su amante, Ana Ozores siente deseos de aproximarse de nuevo a la religión, pero de una manera más práctica y convencional, reconociendo que los impulsos místicos antiguos eran falsos: «... aquella piedad mecánica, aquel rezar y oír misa como las demás, le parecía bien, le parecía la religión compatible con el marasmo de su alma» (673). Por consiguiente un día dirige sus pasos hacia la catedral y es entonces cuando se reanuda casi instantáneamente todo su antiguo placer místico:

Aquel olor singular de la catedral, que no se parecía a ningún otro, olor fresco y de una voluptuosidad íntima, le llegaba al alma, le parecía música sorda que penetraba en el corazón sin pasar por los oídos. (674)

... sintió en sus entrañas aquella ascensión de la ternura que subía hasta la garganta y producía un amago de estrangulación deliciosa... (ibid).

Parece ser como si esa fuerza superior a ella que siempre la ha movido a satisfacer ciertos llamamientos sensuales internos, la llevara ahora a buscar una compensación de esos instintos:

El impulso que la había arrojado dentro de la capilla, ¿era voz de lo alto o capricho del histerismo, de aquella maldita enfermedad que a veces era lo más íntimo de su deseo y de su pensamiento, ella misma? (674).

Se acerca al confesonario donde en un tiempo ocurrieron los coloquios espirituales entre ella y don Fermín, esperando encontrar de nuevo al «hermano mayor del alma». Guarda pacientemente a que los otros penitentes terminen su confesión y a que la llame el sacerdote, pero lo último no ocurre. Entonces ella tímidamente se acerca al confesonario, el Magistral se levanta por fin y sale de la cueva confesional, y con ademanes siniestros da «un paso de asesino» como si quisiera golpearla, pero se contiene y desaparece en la sacristía. Ante tal actuación y horrorizada por el tratamiento recibido, la pobre mujer cae desmayada en el pavimento de la catedral. Es aquí donde ocurre la venganza final. Un rato más tarde, «Celedonio el acólito afeminado, alto y escuálido, (que) venía cerrando verjas» (676) se encuentra con el cuerpo inerte y aprovecha la ocasión para plantar en sus labios dormidos un beso guiado por «un deseo miserable, una perversión de la perversión de su lascivia, y por gozar un placer extraño, ó *por probar si lo gozaba*, inclinó el rostro asqueroso sobre el de la Regenta y le besó los labios» (el subrayado es mío) (676).

El colmo de la injuria que se le hace a esta infeliz mujer es el profanar sus labios que una vez fueron para las oraciones y más tarde para el beso varonil, con la boca de un ser humano que no servía ni para lo uno ni para lo otro:

Ana volvió a la vida rasgando las nieblas de un delirio que le causaba náuseas. Había creído sentir sobre la boca el vientre viscoso y frío de un sapo. (676)

Todas las experiencias afectivas de la novela son externas y ficticias, pues ni una sola está basada en una relación noble y profunda, ni siquiera real. El sentimiento espiritual es sentimentalismo histórico, la amistad con el clérigo desprovista de motivos altruistas, el amor físico es sólo eso, una satisfacción de los sentidos sin entrega generosa alguna, por eso el detalle final tiene también que reducirse a una fugaz y degradante actuación externa y pasajera, ni siquiera con significado esencial, por muy repugnante que éste sea. Se reduce a un aspecto simbólico genialmente lanzado en las úl-

timas líneas de la novela, y como punto culminante en la serie de crueles insultos sufridos por la verdadera víctima de la trilogía sensual, la Regenta.

MORAIMA DE SEMPRÚN DONAHUE